

## Las claves para navegar el Estuario

### *El espacio imaginario en la poesía de Carlos Obregón*

NELSON ROMERO GUZMÁN

Universidad Tecnológica de Pereira, Facultad de Bellas Artes y Humanidades, Maestría en Literatura, colección Literatura, Pensamiento y Sociedad, Pereira, 2012, 173 págs.

NUNCA SE sabe la profundidad del agua cuando leemos la poesía de Carlos Roberto Obregón Borrero (Bogotá, 1929-España, 1963); es decir, algo de lo vital se nos fuga en la relectura; algo de su lenguaje hermético se nos queda en una indescifrable ceniza. ¿Qué quiso decir Carlos Obregón cuando escribió: “Solo el que redime el silencio es raíz sin memoria”<sup>1</sup>?, ¿hablaba de la oración o de la muerte? O cuando dijo: “Todo es ancha vigilia bajo el cielo”; ¿hablaba del dolor o del tiempo? Son estas líneas, rebosantes de extrañeza, las que permiten múltiples interpretaciones y configuran, finalmente, una obra compleja que pedía de manera urgente el abordaje de un estudio. Es así, que respondiendo a la reducida crítica, el poeta Nelson Romero Guzmán (Ataco [Tolima], 1962), autor de poesía y dueño de una obra extensa, publica el texto más orgánico y profundo que se haya escrito hasta el momento sobre la obra del bogotano; este es producto de tres años de investigación y que sería tesis laureada de la Maestría en Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira con sede en Ibagué.

Es meticuloso Romero Guzmán, con ayuda de Abril Rojas, biógrafo de Carlos Obregón, a la hora de rastrear los escasos datos vitales y bibliográficos que se tienen; oscuridad fértil, que atrae a la distancia y hace del poeta una especie de Rimbaud entregado al viaje y la plenitud. Muy alejados de un simple cotejo biográfico con énfasis psicocríticos, Romero Guzmán acentuará su mirada sobre todo al espacio adulto de Obregón, que es el de su extranjería; dejando de un lado, además por

desconocimiento, la primera edad del autor. Nos recuerda que Obregón crecerá en Bogotá bajo una educación clerical y una madre religiosa. Estudiará física-matemática en la Universidad de Michigan y de regreso a la costa atlántica se dedicará a sembrar algodón. En España entabla amistad con José Bergamín y Camilo José Cela, pero nunca se afilia a ningún grupo de intelectuales. Viajará por Mallorca, Deyá, Ibiza, Poble, Toledo; además de breves temporadas en los Estados Unidos, Marruecos, Austria y París, donde será alumno del filósofo Maurice Merleau-Ponty. Se quitará la vida el 1.º de enero de 1963 en Madrid. Escribirá Abril Rojas: “Hombre olvidado en su propio país, pero tal vez presto a ser reconocido y conocido por quienes no han tenido la fortuna de leerlo” [pág.77].

El conjunto de la obra de Obregón la constituyen dos libros *Distancia destruida* (Madrid, 1957), *Estuario* (Palma de Mallorca, 1961) y algunos poemas inéditos. Romero Guzmán, en este punto, en forma acertada deslindará dos periodos en la recepción de la poesía de Obregón: uno que sitúa la crítica en España, de 1957 a 1984; y un segundo momento, que acontece a la publicación de su obra completa en Colombia, desde 1985 hasta nuestros días. En el primer periodo llama el interés una reseña sobre su primer libro que enuncia su halo místico y una tendencia simbolista del lenguaje: “Es un himno ante las hermosas fuerzas de la naturaleza y un misticismo de cierto toque panteísta” [pág. 84]; y una segunda nota que hace referencia a la conabida complejidad de su lenguaje y la dificultad de su lectura, que es quizá uno de los aspectos por los cuales ha atraído más admiración: “Se trata de una poesía densa, interior, muchas veces deliberadamente oscura” [pág. 86]; en este aspecto, la poesía colombiana nunca antes había dado un poeta tan cerrado en unidad y mensaje; Obregón ofrecía una poesía sobria y llena de intensidad, más cercana para pensar, reflexionar, divagar, orar si se quiere; en lugar de una poesía para leer, con las consabidas tonalidades sonoras, en voz alta. Su propuesta estilística era lo indescifrable, no la obviedad y la descripción vacua que ha reinado en la mayoría, con bellas excepciones y matices, en la tradición colombiana, afincada

en una lírica propicia para cantar, en contraposición a ese *decir sin decir* a la manera de Obregón.

En el segundo periodo que cita Romero Guzmán, hay una legión de escritores que han hallado en la obra de Obregón las características de un poeta “para generaciones de un tiempo futuro”, como destaca Morales Chavarrro, quien lo vincula con una tradición ocultista y metafísica. Juan Felipe Robledo hará énfasis en que “La sabiduría de la poesía de Obregón procede de una oscuridad luminosa, de lo innominado para el lenguaje conceptual” [pág. 93]; David Sánchez Jiménez en su *Antología de la poesía colombiana* [pág. 89] nos recuerda que “el estuario representa el punto definitivo de metamorfosis de lo temporal en eterno”; y el crítico japonés Yuichi Mashimo pondrá la imagen del mar como el símbolo más caro de su poesía, el cual cumple la función de “retorno a un centro, retorno de un centro, que solo se actualiza a través de la escritura/lectura poética” [pág. 90]. Para mí, la imagen del mar en la poesía de Obregón, a contramano de la interpretación anterior y quizá ya hermanado con la tesis de Romero Guzmán, es una noción más humilde, es el *deseo de plenitud*, que no encuentra en un referente estático y visible, sino que tiene que inventar en el espacio simbólico del hombre para hallarse, su poesía es deseo de él, indaga por un ideal que no existe o que es imposible, pero cuya búsqueda le basta para contenerlo.

El planteamiento más revelador, a mi juicio, lo hace Víctor López Rache, quien desacraliza la idea del poeta místico y lo define más bien como “un místico sin fe”; entre las razones que da, Romero Guzmán detalla: “No es místico porque no anhela mundos superiores, sus versos dan testimonio de la materia, sugiere la inexistencia de las divinidades y los logros de la fe, los dioses están más cercanos al paganismo, que al misticismo” [pág. 88]; reforzando las apreciaciones de López Rache, además pregunto ¿el místico, de manera usual, no está viviendo siempre en éxtasis sobrenatural o comunión divina, no exponen acaso una manifestación erótica carnal e inmaterial a la vez, no se recibe la palabra de una deidad como palabra pura y redentora, no interviene habitualmente el sueño como

1. Los versos citados de Carlos Obregón pertenecen al libro *Estuario*, reeditado por la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2004.

medio de comunicación, no hay intercambio con el mensaje celestial, y sobre todo, no debe existir siempre el deseo de búsqueda de un encuentro místico?; aspectos estos difíciles de apreciar en la poesía de Obregón, si no delimitamos antes a cuál de las tantas místicas podría adherirse, aunque en apariencia nos aparezca claro. Hablar de la divinidad no hace al místico, hace falta el deseo de esa amistad. Si hay una búsqueda tal en Obregón es un símbolo dentro del lenguaje que encarna esta poesía: la palabra quizá desee ascender a lo místico, mas la experiencia es mundana. Romero Guzmán lo puntualizará con mucho tino: “no es tampoco cualquier viaje, sino el de una aventura mística un tanto distinta, adentrándose en el lenguaje mismo, como también hacia la interioridad del sujeto poético en la búsqueda de una trascendencia por la vía del misticismo ya no hacia arriba, sino hacia abajo del Dios marginado por la modernidad” [pág. 89].

Desde otra coordenada, dirá Romero Guzmán en la introducción explicando su camino investigativo: “Entre los múltiples sentidos y significados que en la lectura despliega la poesía de Obregón por obra misma de su lenguaje ambiguo y sugerente, la hipótesis del espacio como *topos* de la imaginación es la que va a permitir el asomo a su universo poético. Es por eso que el referente de los comentarios se apoya, precisamente, en la crítica de la imaginación” [pág. 12]. Pero para entender a Obregón es importante analizar las obras cumbres del grupo de Mito; Romero Guzmán tomará, entonces, tres obras de la tradición colombiana: Eduardo Cote Lamus, *Estoraques* (1963); Aurelio Arturo, *Morada al Sur* (1963) y Álvaro Mutis, *Los trabajos perdidos* (1965); las cuales “apropiaron de la modernidad poética los conceptos del poeta “visionario” y la imaginación como “reina de las facultades”, y que a la manera, se infiere, de Rulfo, García Márquez, Juan Carlos Onetti, en novela, Eliot y Obregón, en poesía, “partieron, temáticamente, de un espacio geográfico real”. El de Obregón se precisa en el archipiélago Balear de España, situado en el mar Mediterráneo. En ese camino, el primer capítulo nos recuerda de *Estoraques* “la negación del tiempo por la destrucción del espacio”; de *Morada al Sur* la “memoria como

metafísica de la infancia”; de *Los trabajos perdidos* el “lugar de la enfermedad y la desesperanza” [pág. 23]; y en el caso que nos ocupa, en Obregón “el viento es el demiurgo que moldea la vida con el barro”. Es de esta forma que hayamos obras en Colombia que más que nombrar, *fundan*; son maquinarias lingüísticas cargadas de simbolismo, espesor semántico y universos únicos; quizá surgen como respuesta contundente para quienes afirman que venimos de una “tradicción de la pobreza”.

Romero Guzmán basará la lectura del texto poético de Obregón entregado a la consabida idea que Nietzsche y Heidegger fundaron en la filosofía contemporánea: una hermenéutica del ser con sentido en el lenguaje como lugar de su propia comprensión, “ser-en-el-mundo”; recordaremos, así, que el ser del texto poético tiene morada en el lenguaje [pág. 46]. En esa dirección, tomará los aportes de *Verdad y método* de Hans-Georg Gadamer, en el cual se establece que la obra de arte pone resistencia al intérprete y no llegamos a comprenderla del todo, de manera que esta se convierte en un verdadero reto para la comprensión. Se apoyará en la hermenéutica fenomenológica de Mario J. Valdés, desde la cual se concibe el texto literario como aquello que se nos aparece en la experiencia de lectura; recordemos que allí se escoge el tema y aborda el objeto afectándolo, creando contextos diferentes gracias a las aportaciones de la imaginación. En concordancia con la propuesta de lectura abierta, será necesario para Romero Guzmán tomar de Andrés Ortiz-Osés su obra *Amor y sentido: una hermenéutica simbólica* (2003), en la cual se aclara que en el acto de la lectura metafórica levantamos el velo del objeto para hallar enigmas y misterios. La generosa bibliografía que utiliza el autor aporta desde lo historiográfico y lo hermenéutico un mapa bien delineado y sólido de la poesía colombiana de la segunda mitad del siglo XX y permite ver nuevas e ingeniosas categorías en la obra de Obregón; si bien algunas de ellas intuadas en ensayos anteriores, acá están sustentadas, teorizadas y definidas con propiedad y rigurosidad.

Hacemos énfasis en el aspecto metodológico, es decir, en el *cómo* –tendencias y aparato crítico– abordó Romero Guzmán la obra de Obregón y

sintetizamos sus hallazgos nombrando los fragmentos que construyen su libro, para dar cuenta del meticuloso trabajo del crítico tolimense. Del capítulo cuatro “El viaje como aspiración al Reino”, que trabaja los veintisiete poemas de *Distancia destruida* hasta el quinto apartado de *Estuario*, subtítulo “Domingo”, destacamos: “El tránsito por la naturaleza sagrada”, “Expulsión y exilio”, “Las visiones del monje”, “El retrato de Elohim” y “El tiempo de la carne. Del capítulo cinco, “Estuario: la visión del Reino”, que se centra en forma exclusiva en la sección “Cantos” de *Estuario* y que sirve de cierre a la lectura total, enumeramos a mi parecer los más centrales: “El agua como continente de la eternidad”, “El fuego y su hermana la Noche como materias de las profundidades”, “El Vedrá como columna sagrada”, “El espacio imaginario de Estuario” y “Estuario como morada del lenguaje, espacio textual y morada mística”, en los que el discurrir de los temas no busca institucionalizar verdades, nos ofrece, al contrario, una posibilidad para dudar, conjeturar y debatir; considero que allí está uno de los ejes interesantes de este trabajo tan quisquillosamente rico en información y ejemplificaciones.

Son espinosos los caminos para ascender al poema, en crítica literaria se podrían contar estos por infinidad. Con una aparente argumentación laberíntica, propia de lo académico, que Romero Guzmán va deshojando con mucha claridad, logra una investigación con un estilo fluido, tan cercana a los lectores iniciados como a los apasionados que por primera vez navegan por el estuario de Carlos Obregón. Este estudio explica el porqué de la cumbre alcanzada por las obras maestras analizadas y deja en el aire, diciéndolo en silencio, la deuda que tienen aún las generaciones siguientes en Colombia con esta tradición y este imaginario, en el que casi como colofón Obregón nos dice: “Navegar, extranjero, es entregarse al vocerío de las olas antiguas”.

Fredy Yezzed